

LA ENSEÑANZA, MISIÓN DE LA IGLESIA

JOSÉ RAMÓN BUSTO SAIZ, SJ*

Fecha de recepción: septiembre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: noviembre de 2014

RESUMEN

La Iglesia ha recibido el mandato del Señor de hacer discípulos a todos los pueblos. De ahí nace la misión educativa de la Iglesia, que no debe reducirse a enseñar el catecismo. Toda labor educativa tiene por objetivo la búsqueda y transmisión de la verdad y la capacitación del discípulo para conocer el bien y ponerlo en práctica. La Iglesia tiene no solo el derecho, sino, sobre todo, el deber de ponerse al servicio de la humanización del hombre mediante la investigación científica y la educación, como ha venido cumpliendo desde sus orígenes.

PALABRAS CLAVE: educación, catequesis, verdad, justicia, cultura

THE TEACHING MISSION OF THE CHURCH

ABSTRACT

The Church has accepted the Lord's command to convert all peoples into followers of God. From this emerges the educational mission of the Church which must not be simplified to the teaching of the catechism. All educational work aims to seek and spread the truth and to train its followers on the recognition of good and to put it into practice. The Church not only has the freedom to, but above all, the duty to place itself at the service of mankind through scientific research and education, as it has been doing since its beginnings.

KEYWORDS: education, catechism, truth, justice, culture

* Profesor Ordinario de Sagrada Escritura. Universidad Pontificia Comillas. Párroco de S. Francisco de Borja (Madrid). Director de la revista *Sal Terrae*. <jrbusto@teo.upcomillas.es>.

Introducción

Al final del evangelio de Mateo, Jesús se despide de sus discípulos enviándolos a hacer discípulos a todos los pueblos, a los que han de enseñar a poner por obra todo lo que él les había mandado (Mt 28,19-20). Los discípulos han de hacer con todos los pueblos lo mismo que Jesús había hecho con ellos: enseñarles. Las investigaciones recientes sobre la figura y la actuación de Jesús reconocen en torno a él tres grupos de personas. Los discípulos, que, abandonando casa, propiedades y familia, optaron por seguirle a Jerusalén, uniendo la suerte de sus vidas a la del maestro; el grupo de quienes eran sus discípulos pero ni abandonaron sus quehaceres habituales ni le siguieron a Jerusalén; y, por fin, todos aquellos que ocasionalmente se cruzaron con él, oyeron alguna vez su predicación o asistieron a algunas de sus acciones maravillosas o a sus gestos proféticos¹. Unos y otros se dirigieron a Jesús llamándole «maestro». El término aparece unas 40 veces en los evangelios canónicos, aparte de las 11 veces que encontramos el arameo *rabí* –una de ellas, *raboni*–, que el evangelista Juan traduce por maestro², aunque propiamente en arameo signifique «mi señor». Correlativamente, unas 200 veces los seguidores de Jesús son denominados «discípulos» en los evangelios. De modo que Jesús fue percibido –tanto por sus seguidores como por quienes ocasionalmente entraron en contacto con Él– no solo, pero también, como maestro.

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha venido cumpliendo aquel encargo del Señor. En la Iglesia primitiva había maestros, como atestiguan Pablo (1 Co 12,29) y Lucas (Hch 13,1), y la Iglesia ha venido dedicándose a la labor de enseñar desde entonces. Baste recordar la escuela de Alejandría, fundada por el laico Clemente, las escuelas monacales que se desarrollaron en los monasterios a partir del siglo IX y las escuelas episcopales o catedralicias, que nacieron a imitación de aquellas y que cobraron auge a partir del siglo XI con el surgimiento de las ciudades, cuya evolución dio lugar al nacimiento, *ex corde Ecclesiae*, de las Universidades a partir del siglo XII. Fi-

1. Puede verse, S. GUIJARRO, *Los cuatro Evangelios*, Salamanca 2010, 113-117.

2. Cf. Jn 1,38 y 20,16.

nalmente, numerosas congregaciones de religiosos y religiosas desde la Edad Moderna, siguiendo el surco iniciado por la Compañía de Jesús, han venido desempeñando el carisma de la enseñanza.

En las páginas que siguen invito al lector a reflexionar unos momentos sobre el hecho de que la dedicación de la Iglesia a la enseñanza no se debe solo a la necesidad de que los religiosos y religiosas pasen el tiempo de algún modo, o a la conveniencia de encontrar una manera honesta de ganarse la vida, al tiempo que hacen algo útil, sino que forma parte de la misión de la Iglesia recibida del Señor. A la función de enseñar de la Iglesia dedica el vigente Código de Derecho Canónico todo un libro –el III– de los siete de que consta.

Enseñar para transmitir la fe

Nadie discutirá que el contenido más inmediato de la enseñanza que corresponde a la Iglesia es la transmisión de la fe. La fe es la respuesta del hombre a la revelación que Dios le ha hecho de Sí mismo. Ese encuentro entre Dios y el hombre constituye para el hombre una experiencia «fundante», pues se convierte en el fundamento de la comprensión última que el hombre tiene de sí mismo y también de su comprensión del mundo. Esa experiencia puede y debe ser formulada lingüísticamente y comunicada, es decir, enseñada. Ocurre del mismo modo con otras experiencias profundas, como el amor o la finitud. Por eso san Pablo habla de la fe que viene por el mensaje que se oye –*fides ex auditu*– (Rom 10,17). Es verdad que las experiencias no suelen ser susceptibles de comunicarse por completo. Muchas veces su formulación lingüística no logra agotar el significado de lo vivido; casi siempre hay algo que queda por decir, pues el fondo de lo experimentado es inefable. Por eso, quien recibe la comunicación de la experiencia, el discípulo, habrá de hallar la analogía entre sus propias experiencias y las experiencias que le han sido transmitidas, en un doble movimiento. Por un lado, ha de identificar en sus propias experiencias lo que le ha sido transmitido y él ha aprendido; y, por otro, ha de reconocer en la experiencia que le ha sido comunicada la experiencia propia. Esto ocurre habitualmente en todo tipo de en-

señanza. De ahí el dicho, tantas veces repetido, de que solo se aprende lo que se hace. Para aprender algo es necesario que pase al ámbito de lo personalmente experimentado. Y aquí está la raíz de muchos fracasos educativos: lo que se pretende enseñar no tiene correlación con la experiencia vital del discípulo.

Los objetivos de la educación

Pero la misión educativa de la Iglesia no se reduce a enseñar el catecismo. Porque el objetivo de toda actividad docente es la transmisión de la verdad y la capacitación del hombre para hacer el bien. Ambas dimensiones son inherentes a la misión de la Iglesia. Y ambas exigen previamente la investigación y el estudio. Investigar es aumentar los conocimientos de la humanidad. Aumentar los conocimientos propios no es investigar, sino estudiar. Buscar y transmitir la verdad y contribuir a la capacitación para hacer el bien son las dos rodadas del vehículo que conduce al hombre a la humanización y, por tanto, a su propia realización y al logro de su destino. No es posible pensar en un hombre cabal que haya renunciado a la búsqueda de la verdad, a quien conocer la verdad le traiga sin cuidado. Tampoco es posible pensar en un hombre realizado a quien el desempeño de su actuación sea ajeno al compromiso con el bien. Hacer el bien implica transformar el mundo, cuyo dominio ha sido entregado por Dios al hombre (Gn 1,26-29) para que lo ponga al servicio de su propia realización. Estos dos polos marcan toda actuación, desde la preescolar a la universitaria, que con justicia pueda llamarse «educativa».

Ambas tareas están siempre inacabadas, porque el hombre, individual y colectivamente considerado, es un proyecto de sí mismo. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1,26), pero no lo dejó concluido. Al revés, el hombre está destinado por Dios a reproducir la imagen de su Hijo (Rom 8,29), y esa es precisamente la labor que el hombre ha de desempeñar durante su vida terrena. Buscar la verdad y hacer el bien es otro modo de expresar lo que significa reproducir la imagen del Señor. Por eso la labor educativa forma parte de la misión encomendada a la

Iglesia por el Señor. Pero tanto la búsqueda de la verdad como el ser capaces de obrar el bien, es decir, la humanización, son tareas siempre inacabadas de la humanidad. Al desarrollo de estas tareas se orienta toda labor intelectual y toda actuación docente.

El Código de Derecho Canónico dice que «La Iglesia tiene derecho a establecer y dirigir escuelas de cualquier materia, género y grado»³. No me parece mal que la Iglesia se reconozca a sí misma ese derecho, ante la tentación que de vez en cuando sienten algunos poderes de negárselo. Pero lo que quiero poner de relieve es que la labor intelectual y docente de la Iglesia, al abarcar materias distintas de la mera transmisión de la fe, no hace otra cosa que obedecer la misión que Cristo le confió⁴. Como dijo el Vaticano II, el misterio del hombre sólo queda esclarecido en el misterio del Verbo Encarnado⁵. Los cristianos hemos recibido de Dios el horizonte último de la verdad, y mirando la trayectoria humana del Hijo de Dios descubrimos cuál es la realización del hombre y, por tanto, en qué consiste hacer el bien. Pero ese horizonte de verdad y de bien que la Iglesia ha recibido ha de ser proyectado sobre el mundo y sobre el hombre concreto en cada época histórica. Al mismo tiempo, el devenir histórico de la humanidad ha de abrirse al encuentro con Dios, que se nos ha dado a conocer. Por eso la comunidad creyente está obligada a buscar el crecimiento en la verdad y la transformación del mundo para mejor. He ahí el objetivo de la labor intelectual de la Iglesia, que precisamente por medio de la educación consigue incorporar a las nuevas generaciones a esa tarea.

3. Canon 800.1.

4. La labor científica de sacerdotes y religiosos no suele ponerse muy de relieve. Han sido muchos los que han contribuido al desarrollo de las ciencias, y no solo de las humanidades. Por citar dos relevantes pioneros en ciencias en la actualidad bien relevantes, recuérdese al canónigo polaco Nicolás Copérnico y al agustino checo Juan Gregorio Mendel. A este respecto pueden verse las obras de José María RIAZA MORALES, *La Iglesia en la Historia de la Ciencia*, Madrid 1999, 320 págs., y Agustín UDÍAS VALLINA, *Los jesuitas y la ciencia. Una tradición en la Iglesia*, Bilbao 2014, 372 págs.

5. *Gaudium et Spes*, 22.

El conocimiento no es neutral

Toda actividad educativa, o sea, la transmisión del conocimiento alcanzado y la formación de las personas para hacer el bien, responde a una cosmovisión. Por eso, toda institución educativa tiene, de hecho, sus cualidades, se expliciten estas o no en el título de la institución. El hecho de que no se expliciten no significa que no existan. Porque todo hombre y toda institución humana tienen, de hecho, sus opciones de sentido y sus compromisos éticos, sean estos explícitos y públicamente reconocidos o no lo sean. Del mismo modo que no hay hombres creyentes y otros que no lo son, sino que todos los hombres somos creyentes; lo que pasa es que nuestras creencias son distintas. Porque forman parte de la fe la opción de sentido de la existencia humana y la directriz que marca el compromiso ético. Nada es neutral en la vida del hombre. Ni la ciencia ni la tecnología. Mucho menos la educación o la formación. Así lo formuló el P. Kolvenbach, anterior Superior General de la Compañía de Jesús, en la reunión de las Instituciones de Educación Superior de la Compañía celebrada en 2001: «No nos hagamos ilusiones: el conocimiento no es neutro, porque implica siempre valores y una determinada concepción del ser humano»⁶.

Es obvio, pues, que todo proyecto educativo se funda en una cosmovisión y supone, por tanto, una antropología. Y toda cosmovisión, creyente o no, política o no, querrá perpetuarse a través de la educación. Todo aquel que tenga alguna idea de lo que es el ser humano, de su realización y de su destino, tratará de transmitirlo mediante la actividad educativa, so pena, de no hacerlo así, de que su modo de entender al hombre desaparezca. Somos testigos en nuestro país de cómo los diversos partidos políticos quieren controlar la educación. Es lógico. De no tener su cuota de influencia en la educación, su pensamiento político desaparecerá. Porque la actividad educativa nunca es neutra. Al contrario, toda acción educativa es una actuación comprometida con una forma de ver el mun-

6. Reunión Internacional de la Educación Superior de la Compañía, Roma, 27.5.2001, n. 27.

do, al hombre y su sentido. La actividad educativa de la Iglesia, aunque enseñe matemáticas, es también una actividad comprometida con su forma de ver al hombre y su destino.

Hay un principio fundamental que relaciona lo humano y lo cristiano: todo lo cristiano es humano, y nada hay verdaderamente humano que no sea cristiano. Dicho de otra manera: los cristianos estamos invitados a actuar de un modo al que, en principio, todo hombre está también está llamado. Precisamente porque todo hombre está llamado por Dios a reproducir la imagen de su Hijo. Y todo lo que de bueno realiza cualquier hombre es, en principio, algo que también el cristiano está llamado a hacer. Esto tiene su consecuencia en relación con la educación. La educación que la Iglesia ha de desarrollar es una educación orientada, en principio, a todo hombre. Por eso está lejos de la Iglesia una educación para el *ghetto* o el aislamiento social y cultural.

Que la Iglesia apoye su labor educativa en su concepción del hombre, que es la revelada en Jesucristo, no quiere decir que la Iglesia, cuando enseña ciencias o humanidades, no deba respetar el propio método de estas ciencias y su propia dinámica interna. Al revés, la Iglesia, al enseñar ciencias y humanidades, ha de respetar su propia autonomía, que forma parte de la autonomía de las realidades terrenas, como reconoció el concilio Vaticano II. El concilio, recordando lo que había enseñado el Vaticano I, «declara que existen dos órdenes de conocimientos distintos, el de la fe y el de la razón; y que la Iglesia no prohíbe que las artes y las disciplinas humanas gocen de sus propios principios y de su propio método..., cada una en su propio campo; por lo cual, reconociendo esta justa libertad, la Iglesia afirma la autonomía legítima de la cultura humana, y especialmente la de las ciencias»⁷. Precisamente porque el respeto a la autonomía de las ciencias hace posible que avancen en el conocimiento de la verdad. La revelación recibida de Dios y vivida en la fe y el conocimiento natural del mundo entran así en una dialéctica de mutuo enriquecimiento y mutua crítica. Ninguno de los dos ámbitos ha de impo-

7. *Gaudium et Spes*, 59, que cita parcialmente *Dei Filius* c. 4.

ner sus métodos y principios al otro, pero ambos deben ponerse a la escucha del otro y recibir de él materia para su propia reflexión.

Conocer y transmitir la verdad conocida nos acerca a Dios

La fe implica una opción de sentido de la existencia humana y la directriz que marca un compromiso ético. Para los creyentes, el último sentido del hombre no se agota en el conjunto de procesos inmanentes, sino que el hombre está llamado a ser hijo de Dios viviendo su misma vida en un mundo futuro que trasciende nuestra vida actual. Esa vida futura se construye en esta mediante el compromiso del hombre con la historia humana; y el mundo, creado por Dios, nos ha sido entregado precisamente para que nos sirvamos de él en esa construcción. Estamos, pues, llamados a ser hijos de Dios y hermanos de los demás hombres. Para conseguirlo, Dios ha puesto la creación a nuestra disposición. El hombre no es, pues, el dueño o el depredador del mundo, sino su administrador, que puede usar –pero no abusar– de él poniéndolo al servicio de la consecución de su propia realización.

Las ciencias nos proporcionan verdades, con frecuencia provisionales, que interpretan el mundo y nos describen sus procesos; pero ninguna de ellas nos entrega su último sentido. No es infrecuente que el científico extrapole los resultados de su búsqueda como explicación última de la realidad. Las ciencias solo nos dicen cómo funciona el mundo, y esto de forma provisional. Pero no explican que el mundo funcione. «Lo místico no es cómo es el mundo, sino que este sea»⁸. Forma parte del esfuerzo del intelectual creyente que la búsqueda de las verdades con minúscula se abra al encuentro de la Verdad con mayúscula, de la que aquellas son reflejo y camino, y ello desde la propia dinámica de las ciencias, haciéndolas avanzar no solo hacia delante, sino hacia lo profundo de sí mismas. De ahí que sea exigencia del compromiso intelectual del creyente mantener las ciencias abiertas a la Verdad última de las cosas y, por tanto, abiertas a la trascendencia.

8. L. WITTGENSTEIN, *Tractatus* 6.44.

Descubrir el bien y enseñar a realizarlo

Pero no basta a la labor intelectual y docente ocuparse de la verdad. Es imprescindible tratar de descubrir qué es el bien y enseñar a realizarlo. La educación ha de ir unida a la formación. No es pensable una labor educativa que sea ajena a valores como la práctica de la justicia, la búsqueda de la verdad y el respeto a los otros y a su libertad. Las ciencias mismas han de desarrollarse impregnadas de estos valores. Y algo semejante puede decirse de la tecnología. Desde sus primeros pasos sobre la tierra, cuando talló la primera hacha de sílex, el hombre se ha servido de la técnica para transformar el mundo. Cuando la ciencia ha fecundado la técnica, esta se ha convertido en tecnología. Desde el siglo XIX hasta hoy, asistimos a un desarrollo tecnológico que ha cambiado el modo de vivir de la humanidad de una manera impensable hace pocas décadas. Pero la tecnología tampoco es neutral. El desarrollo tecnológico ha de utilizar la naturaleza de modo que ayude al hombre a crecer en fraternidad y solidaridad. La espiritualidad ignaciana enseña a utilizar la naturaleza *tanto cuanto* conduce al hombre a alcanzar el fin para el que ha sido creado⁹, lo que implica una manera de relación con lo creado, que lo usa pero nunca abusa de ello, para lograr una mayor humanización.

En la carta a los Gálatas, que ha sido llamada el «manifiesto del cristianismo», prácticamente el primer escrito cristiano que vio la luz, al que, de los que han llegado hasta nosotros, solo precedió en el tiempo la primera carta a los Tesalonicenses, san Pablo dice que «la fe se muestra operativa por la caridad» (Gal 5,6). La fe no es solo una forma de ver el mundo. Implica también una directriz ética. Cuando la fe mira a Dios, se convierte en oración. Cuando la fe mira a los hombres, se convierte en ejercicio del amor o práctica de la justicia. La labor intelectual y docente ha de estar comprometida en la búsqueda del bien y de la justicia.

En su novela *Tiempos difíciles para estos tiempos*, Charles Dickens caracteriza al señor Gradgrind, el personaje más relevante de su relato, diciendo que «quizá su empeño principal estribaba en demostrar que el

9. *Ejercicios Espirituales*, 23.

buen samaritano era un mal economista»¹⁰. Esta frase puede ayudarnos a comprender lo que ha de significar el que una actividad intelectual y docente cumpla el mandato del Señor. Se debe crear el conocimiento necesario, innovar la tecnología y transmitir todo ello a los discípulos, a fin de que puedan comprender que un buen economista, para serlo, ha de ser un buen samaritano; y se debe enseñar, con todo el aparato científico y crítico necesario, que la abundancia de buenos samaritanos en una sociedad no tiene por qué ser a costa de que falten en ella economistas de calidad.

Creando y transformando la cultura

Supongo que a nadie se le escapa que lo dicho hasta aquí sobre la enseñanza de la verdad y del bien se convierte en una cuestión cultural. La cultura es el sistema simbólico o el sistema de significaciones de una comunidad humana. Configura nuestras sociedades y nuestras personas. Nuestro sistema de valores está configurado social y culturalmente. Qué sea lo justo, o la libertad o el hombre, o las relaciones entre varones y mujeres, un salario justo y otras muchas dimensiones de la vida, solo pueden definirse y comprenderse en una mediación cultural, es decir, desde el sistema de valores propio de una cultura. La actividad intelectual no cesa de configurar la cultura de una sociedad.

La transformación de la cultura exige diálogo e imaginación. La cultura, es decir, el sistema de significaciones de una comunidad humana concreta en un periodo histórico dado, no es algo inerte, sino una realidad que está en continuo cambio y evolución. Es continua la irrupción de nuevas propuestas culturales. Por eso es imprescindible el diálogo con las nuevas propuestas culturales para que la fe pueda influir y transformar la cultura y para que la expresión de la fe pueda ser significativa para el hombre a quien se dirige, continuamente configurado de modo nuevo por la cultura.

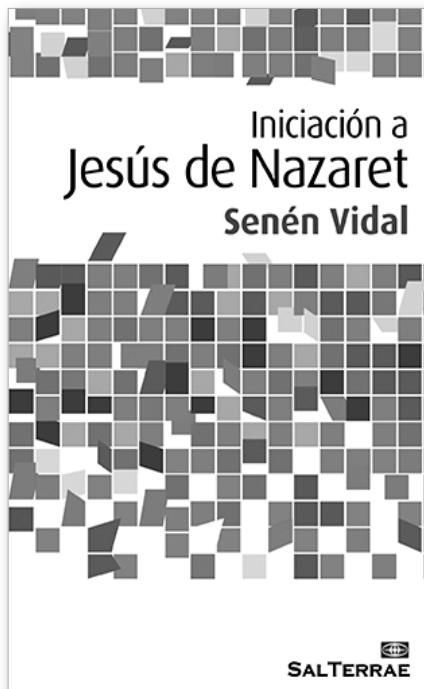
10. *Tiempos difíciles para estos tiempos*, libro segundo, cap. XII.

Y es necesaria también la imaginación. El mismo señor Gradgrind de la novela de Charles Dickens, que acabo de citar, abre la primera página de la obra con estas palabras: «Lo que yo quiero son realidades. No les enseñéis a estos muchachos y muchachas otra cosa que realidades. En la vida solo son necesarias las realidades. No planteéis otra cosa y arracad de raíz todo lo demás»¹¹. Y unos capítulos más adelante aconseja, siguiendo en su misma línea: «Tenéis que suprimir por completo la palabra “imaginación”. La imaginación no sirve para nada en la vida»¹². Pues bien, precisamente la labor educativa de la Iglesia necesita, para configurar la cultura, ser alentada por la imaginación. Lo que ha «imaginado» la revelación cristiana que es el hombre, imagen del Hijo de Dios, es lo que marca el rumbo para cambiar la realidad social. La labor educativa de la Iglesia ha de ser capaz de imaginar una realidad –todavía hoy no realizada del todo, pero posible– en la que los valores del evangelio sean pacíficamente promovidos y poseídos. Y a los alumnos hay que enseñarles no solo la realidad existente, sino la posibilidad de una nueva realidad, y hay que capacitarles para que comprometan su esfuerzo en darla a luz.

11. *Ibid.*, libro primero, cap. I.

12. *Ibid.*, libro primero, cap. II.

SALTERRAE



SENÉN VIDAL

Iniciación a Jesús

184 págs.

P.V.P.: 9,95 €

La historia de Jesús de Nazaret sigue siendo sorprendente y fascinante. Este libro parte del hecho evidente de que la actuación de Jesús fue un acontecimiento histórico, inmerso en el devenir del judaísmo palestino del siglo I, sujeto a un proceso histórico en tres grandes etapas. La primera, la *etapa inicial*, se centra en la aparición de Jesús en el contexto de la misión de Juan Bautista. La segunda describe la etapa de la *misión galilea* de Jesús. Y la tercera presenta la etapa de la *misión final* de Jesús, cuyo desenlace fue su muerte violenta en la cruz.


GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
